

# Todos a casa

JOSÉ ALBERTO LÓPEZ

La inauguración del Centro de Arte Reina Sofía en 1986 supuso la adecuación del modelo de museo de arte contemporáneo vigente hasta entonces en España a otro que sintonizaba con una nueva realidad artística. Con su nacimiento, el CARS iniciaba un proceso en el que el tradicional museo de titularidad pública, el museo institucionalizado sujeto a una normativa de conservación, investigación y exhibición de unos fondos socialmente aceptados, daba paso a un nuevo modo de entender el espacio expositivo. Cuatro años después de su inauguración, el CARS se convirtió en Museo Nacional, al absorber los fondos del Museo Español de Arte Contemporáneo (MEAC), que desapareció después de una larga y errática vida.

Es entonces, durante los años ochenta, cuando el concepto de "centro de arte" comienza su proceso de institucionalización en España, a la vez que, como nueva forma de entender el fenómeno expositivo, estos espacios se multiplican por toda nuestra geografía arrinconando o transformando muchos de los vetustos museos de Bellas Artes provinciales de entonces. El fenómeno llegó a impregnar las distintas administraciones locales, que abrieron diversos centros culturales de titularidad provincial y municipal. El MNCARS fue el preludio de una espectacular proliferación de centros y museos de arte públicos: el Centro Atlántico de Arte Moderno de las Palmas de Gran Canaria, el Centro Galego de Arte Contemporánea de Santiago de Compostela, el Museo Extremeño e Iberoamericano de Arte Contemporáneo de Badajoz, el Centro Andaluz de Arte Contemporáneo de Sevilla, el Centre d'Art Santa Mònica de Barcelona, el Centre de Cultura Contemporània de Barcelona, la Koldo Mitxelena Kulturenea en San Sebastián, la sala Rekalde en Bilbao, el Centro Cultural Montehermoso de Vitoria, el Artium / Centro-Museo Vasco de Arte Contemporáneo, el Guggenheim de Bilbao, el Centro José Guerrero de Granada, el Centro Cultural Conde Duque en Madrid, el Espai d'Art Contemporani de Castelló, el Centro "La Panera" de Lérida, el Museo d'Art Contemporani de Barcelona, el Instituto Valenciano de Arte Moderno, y los más recientes, como el de Málaga, el Museo de Arte Contemporáneo de Vigo, y el Patio Herreriano en Valladolid. A todos ellos hay que añadir aquéllos que se encuentran actualmente en gestación, como el Instituto Oscar Domínguez en Canarias, el Centro de Arte de Gijón, el Museo de Arte Contemporáneo de León o el Espacio Caja Burgos.

Estos centros y museos no han tenido, sin embargo, una distribución equilibrada. Podemos advertir en los espacios públicos para el arte contemporáneo que comienzan a inaugurarse en los años ochenta no solo distintas variantes que los acercan alternativamente

a la *kunsthalle* alemana, al museo tradicional con guión permanente o a un sistema mixto, sino también ese asentamiento geográficamente irregular. Cuando en septiembre de 1993, hace ahora diez años, editamos un número especial y monográfico de LÁPIZ sobre los centros de arte contemporáneo en España, investigamos un total de cincuenta y seis espacios, entre públicos y privados, de distintas comunidades autónomas, y no figuraba ninguno en las dos comunidades castellanas. Tanto Castilla y León como Castilla-La Mancha, pese a su peso demográfico y su importancia cultural, carecían de una institución relevante para el arte contemporáneo. Junto con la inauguración del Patio Herreriano en Valladolid, la aparición del Centro de Arte de Salamanca en abril del año pasado, con motivo de la celebración de la capitalidad cultural europea, hacía presagiar un cambio de rumbo en la actividad artística de la región y hacía presentir la posibilidad de protagonismo para la ciudad. Parecía que CASA iba a estar a la altura de la importante herencia cultural y de la significación histórica de Salamanca. Sin embargo, y a pesar de la excelente trayectoria seguida hasta la fecha, como se observa en las exposiciones celebradas, el alcalde de la ciudad, Julián Lanzarote, decidió a finales del mes de agosto, días después de inaugurar el nuevo almacén para albergar la incipiente colección —cien obras de cincuenta artistas—, despedir a la totalidad del personal de la Fundación Centro de Arte de Salamanca, forzando la dimisión de su director, Alberto Martín Expósito.

Así, de repente y en plena época estival, año y medio después de su inauguración, el alcalde tomó la decisión personal de extinguir la Fundación argumentando indisciplina de los trabajadores, falta de rigor en su funcionamiento y desajustes en los gastos y las contrataciones... echando por la borda la breve, pero valiosa, trayectoria del Centro, junto con una inversión económica y cultural de gran importancia para Salamanca, para Castilla y León y para el mundo artístico en general. Este comportamiento repentino e inesperado pone sobre el tapete un problema que no es nuevo —recuérdese el cierre del Centro Atlántico de Arte Moderno durante cuatro meses en 1993 por motivos escasamente argumentados— y que cabe ser interpretado como la utilización inadecuada del "déficit cero" en cultura, o como una sorprendente irresponsabilidad de quien pone en marcha un centro sin asegurar su continuidad. O bien, sencillamente como la maniobra de alguien que intenta imponer sus particulares posiciones ideológico-culturales mediante decisiones arbitrarias, lo que en esta ocasión se ha saldado con la fulminación de un espacio prometedor. ■